

algar

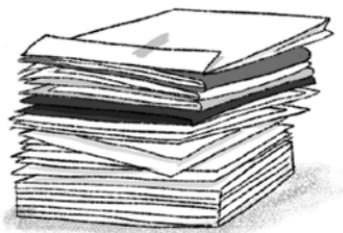
COLECCIÓN  
CALCETÍN

# La delegada

Roberto  
Aliaga

Dibujos de  
Erica  
Salcedo





## 1

### Una sorpresa

Aquel día, al llegar a clase, Martina nos tenía preparada una sorpresa.

Bueno, eso fue lo que dijo ella; pero después, cuando lo hablamos en el patio, durante el recreo, todos estuvimos de acuerdo en que aquello no era una verdadera sorpresa. Una sorpresa hubiera sido, por ejemplo, una tarta de chocolate para el almuerzo. O un día de fiesta. O un Scalextric gigante con el que hacer un campeonato de carreras en la hora de matemáticas...

Martina rebuscó en la pila de carpetas que tenía sobre su mesa y, tras un redoble de tambores y unos segundos de silencio, para darle más emoción al asunto, nos dio la gran noticia:

—¡Esta semana vamos a hacer una votación! —dijo, entusiasmada—. Una votación para elegir al delegado o a la delegada de clase. ¿Qué os parece? ¿Eh?

Y se quedó así durante un rato, asintiendo con la boca abierta, a la espera de que alguno dijéramos algo...

A mí no me pareció ni bien ni mal, la verdad. No tenía muy claro lo que era un delegado, ni para qué servía, pero las votaciones —como todo aquello que es capaz de interrumpir la rutina de las clases— siempre me han gustado. Cada uno arranca un trocito de papel de su libreta y escribe el voto intentando disimular la letra, y siempre hay alguien que pone tonterías, como cuando votamos el disfraz que íbamos a hacernos para la fiesta de Navidad y Román escribió que nos disfrazásemos de alienígenas grises del sistema estelar binario Zeta 2. ¡Qué risa! Se suponía que el voto era secreto, pero todos supimos al instante que había sido él. ¿Quién, si no? Desde el año



pasado, que le regalaron una guía de extraterrestres por su cumpleaños, le ha dado por la ufología y está empeñado en que le llamemos por el apodo que él mismo se ha puesto: Romanufo.

Aquella mañana, sin embargo, la que parecía venir de otro planeta era Martina. Ni siquiera abrió el libro de lengua, y se pasó toda la clase explicándonos lo que era un delegado y las funciones que tenía, que eran muchas e importantísimas. Pero a mí me daba en la nariz que se lo estaba inventado un poco, porque... no sería tan importante si hasta ahora nunca lo habíamos necesitado.

Según ella, el delegado era el mediador entre los alumnos y los profesores —o sea, el que estaba en medio— y, como tal, a menudo tendría que reunirse con ellos. Además, designaba cargos temporales para determinadas tareas, y era el responsable de la clase y del material común.

¡Casi nada!

Martina escribió en la pizarra:

«Vamos a elegir a alguien que nos represente».

—Entonces... —preguntó Ana, un poco confusa— ¿el delegado se va a hacer pasar por nosotros?

Los del fondo oeste, Mikel y su círculo, soltaron una risita maliciosa, pero Martina enseguida hizo que se callaran. No le gusta que nadie se ría de nadie. Por eso, cuando en clase hacemos una pregunta tonta, ella le da la vuelta y la convierte en la pregunta más ingeniosa e importante del mundo, para así avergonzar a los que, supuestamente, se han reído sin ningún motivo.

—¡Eso es, Ana! ¡Muy bien! —exclamó enseguida—. El delegado es el que va a hablar en nombre del grupo. Será la persona que represente a toda la clase, como si se hiciera pasar por vosotros... Y para ello debe contar con una serie de cualidades indispensables: ha de ser dialogante, responsable y respetuoso. ¡Tenedlo en cuenta antes de realizar la votación!

—¿Y qué se lleva a cambio de hacer todo eso? —preguntó Jonás, desde el fondo, haciendo equilibrios sobre las patas traseras de su silla.

Martina pareció ofenderse:

—Pues nada. ¡Faltaría más! ¿Qué se va a llevar? ¿Acaso no es gratificante serle de utilidad al resto de los compañeros?

A Jonás debió de parecerle que no, porque en voz baja añadió:

–Pues conmigo que no cuenten...

–Ni conmigo –susurró Mikel.

Martina se acercó a la pizarra y la borró.

–Empezaremos apuntando el nombre de los candidatos, ¿vale? A ver... ¿quién se presenta? ¡No veo vuestras manos!

Era cierto. Todas las manos habían desaparecido en desbandada y permanecían ocultas bajo las mesas.

–¡No me lo puedo creer! En serio, ¿no tenemos ningún voluntario? ¿Iván? ¿Salma? ¿Aroa...?

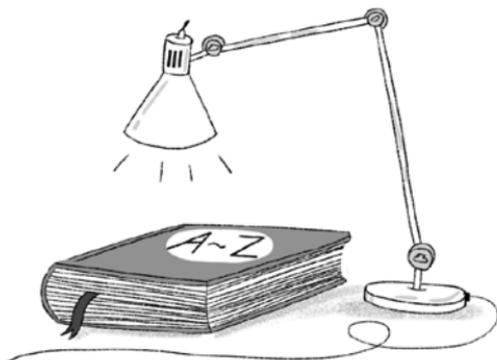
Cuando Martina pronunció mi nombre, di un respingo y debí de ponerme un poco colorada. Me pasa siempre que tengo que hablar en voz alta, o cuando me sacan a la pizarra. No lo hago aposta, de verdad, pero me da mucha vergüenza. Por eso, desde infantil estoy reñida con la palabra *voluntario*.

–Bueno, pues en ese caso, como parece que nadie se anima... –dijo la maestra– todos seréis candidatos.

Enseguida se armó un gran revuelo en el aula, que Martina disolvió con tres palmadas XL y deberes para casa. Teníamos que escribir un discurso. ¡Pero un discurso que nos ocupara nada menos que media página!

–Y no sirve cualquier cosa –nos advirtió–. Ha de ser un discurso grandilocuente, donde se resalten las virtudes de cada candidato, vuestros puntos fuertes, las cualidades más nobles y... aquellas aportaciones que vosotros haríais para cambiar el mundo.

Así lo dijo. Exactamente con esas palabras.  
Y se quedó tan ancha.



## 2

### El discurso

Por la tarde, antes de ponerme a escribir el discurso, busqué en el diccionario la palabra *grandilocuente*.

GRANDILOCUENTE: (De *grandis*, grande, y *loquens*, *-entis*, que habla).

1. adj. Que habla o escribe con grandilocuencia.

Después, busqué *grandilocuencia*.

GRANDILOCUENCIA: (De *grandilocuente*).

1. f. Elocuencia elevada o pomposa.

2. f. Estilo elevado o pomposo.

A continuación, me fui a la *p* para ver el significado de *pomposo*.

POMPOSO, SA: (Del lat. *pompōsus*).

1. adj. Ostentoso, magnífico, grave y autorizado.
2. adj. Hueco, hinchado y extendido circularmente.
3. adj. Dicho del lenguaje, del estilo, etc.: ostentosamente exornado.

Y estuve a punto de buscar *exornado*... pero al final me dio pereza y devolví el diccionario a su sitio, dando por finalizada la búsqueda.

Más o menos, entendí que Martina quería un discurso «a lo grande», porque a ella le gustaba que nos tomáramos en serio todo lo que hacíamos, aunque fuera sacarle punta al lapicero. Así que cogí un papel en sucio y empecé a darle vueltas al ejercicio.

Pero no era fácil.

¿Qué haría yo para cambiar el mundo?

—Mamá, ¿cuáles son mis puntos fuertes?

—¿Cómo?

–Sí, que cuáles son mis... –busqué el enunciado– mis cualidades más nobles. Es que tengo que hacer una redacción para el colegio.

Mamá dio un sorbito a su taza de té y se quedó como en las nubes durante unos segundos, con la cabeza recostada en el sofá. Al cabo, empezó a decir:

–Yo creo que eres educada, y responsable... ¡Y muy inteligente!

–Pero dime algo que no suene tan pedante, por favor. No voy a poner eso.

–¿Y por qué no? –preguntó ella.

–¡Porque me moriría de vergüenza! –exclamé–. ¿Cómo voy a decir esas cosas delante de toda la clase?

–Es que los puntos fuertes son cualidades positivas, Aroa. Si quieres, tal vez puedas hablarles de tu timidez... Aunque me temo que eso no es un punto fuerte, es un punto débil. De hecho, es el mayor de tus puntos débiles.

Mamá estaba en lo cierto.

Y, además, con su explicación, acababa de darme la clave para argumentar el discurso.

–¡Gracias, mami! ¡Eres la mejor!

Volví a mi habitación y me puse a escribir. Tenía clara la estructura: primero nombraría de pasada mis hipotéticos puntos fuertes, y a continuación me detendría en mi importantísimo punto débil: la timidez. Aquello por lo que prefería que no pensarán en mí a la hora de votar.

Ante todo, estaba siendo sincera, y eso también se consideraba una cualidad noble, ¿o no?

Terminé de pasarlo a limpio antes de la hora de la cena y volví a leerlo. Era original, pero... no sé. No me quedé del todo satisfecha con el resultado.

Estaba segura de que le faltaba algo.

Aunque no sabía qué.